CAPITULO XLII.

ARBACE DELANTE DE IONE.—NIDIA ESTÁ TODAVIA PRESA.

Despues que Arbace volvió á entrar en sus habitaciones, su primer cuidado fué calentar, con vino espirituoso y cargado de especias, sus miembros entorpecidos por la fria humedad de los subterráneos.

El resultado que habia alcanzado reduciendo al silencio al hombre que podia de un momento á otro convertirse en enemigo, llenó su corazon de orgullo y de alegría, y poco le costó arrojar de su memoria el pensamiento de los sufrimientos y de la muerte lenta y cruel de su antiguo cómplice.

No le quedaba otra cosa por hacer, que dar cuenta á los ministros de Isis, de la desaparicion de su compañero.

Por fortuna para Arbace, Caleno habia sido empleado con frecuencia por él para diversas misiones religiosas en las ciudades vecinas, y podia decir que ahora se le habia enviado á llevar á los templos de Isis, á Estabia y Nápoles, las ofrendas expiatorias por la muerte de Apoicide.

—Y cuando Caleno haya cesado de vivir—añadió el egipcio hablando consigo mismo—podré arrojar su cuerpo al Sarno. Si algun dia se descubre, la sospecha no podrá caer mas que sobre los nazarenos, á quienes se acusará de haber querido vengar la muerte de Olinto, entregado á las fieras.

Animado por esta esperanza, Arbace se olvidó de Caleno, y ocupó todo su pensamiento en Ione.

La última vez que le habia visto, le obligó á retirarse por el amargo desprecio que la jóven le habia manifestado.

En aquel instante se sentia con todo el valor necesario para renovar sus tentativas, y se dirijió hácia la estancia que servia de prision á su pupila.

Habiendo sabido por la esclava colocada afuera de la puerta, que Ione estaba aun levantada y que parecia estar mas tranquila que otras veces, entró atrevidamente en su estancia.

La hermosa jóven se hallaba sentada delante de una mesita; tenia la cabeza apoyada entre sus dos manos, los labios entreabiertos, fijos los ojos en un punto, su larga y espesa cabellera negra bajaba en desórden sobre sus redondos hombros, aumentando por su contraste, la palidez de sus mejillas, que habian perdido la redondez de sus contornos.

Arbace la contempló un momento antes de aproximarse á ella.

Ione levantó los ojos, y al reconocer al egipcio, los bajó de nuevo con una expresion dolorosa, pero sin hacer el menor movimiento.

—¡Ah!.....—pronunció Arbace adelantándose respetuosamente y sentándose cerca de la mesita.—Si mi muerte pudiera disipar vuestro odio, ¡con qué placer consentiria en morir!... Me teneis una aversion profunda, lo sé; pero respondedme, Ione, ¿cuál es la causa de ese odio, y qué anhelais que haga para que me libreis de él?

—¡Devolvedme á mi hermano y á mi esposo!—exclamó Ione con voz suplicante y dulce, vertiendo un torrente de lágrimas.

—¡Volveros vuestro hermano y vuestro esposo! ¡Pluguiera á los dioses que me fuera posible dar la vida al uno y la libertad al otro! Sin embargo, Glauco tal vez sea absuelto, y entonces estareis en el derecho de condenarle ó de absolverle vos misma. No creais, Ione, que pretendo obligaros á unir vuestra suerte á la mia; lo único que deseo, y os ruego me concedais, es que sea para vos lo que fuí en otro tiempo: un amigo, un padre, un protector. ¡Ah!..... permitidlo, y perdonadme!

—Yo os perdono. Salvad á Glauco, y la pobre Ione renunciará á él para siempre.

Y al pronunciar estas palabras, la jóven se levantó, débil y temblando, y se fué á arrojar á los piés de su tirano.

—Arbace—continuó con acento suplicante—acordaos de las cenizas de mi padre; acordaos de los dias de mi infancia, y salvad á Glauco.

—Pero si alcanzase salvarle, á pesar de la severidad de los romanos, ¿consentiríais en ser mi esposa?

—¡Vuestra esposa!—exclamó Ione levantándose.—¡Vuestra esposa!..... La sangre de mi hermano aun no está vengada. ¿Quién le asesinó?..... ¡Oh Némesis! para salvar á Glauco ¿debo revelar el secreto que tú me has confiado?.... ¡Arbace!.... ¿esposa vuestra? ¡jamas!....

—¿Qué significan esas palabras misteriosas, Ione? ¿Por qué unís mi nombre con el pensamiento de vuestro hermano?

—Mis sueños los unen, y los sueños vienen de los dioses. Escuchadme, Arbace. Vos sois poderoso tanto para el mal como para el bien. Si Glauco se salva por vos, yo renuncio á ser su esposa, pero no puedo serlo vuestra. Esta es mi resolucion, y nada podrá hacérmela cambiar. Así pues, Arbace, reparad el mal que me habeis hecho; salvad á un hombre que nunca será ya vuestro rival. De esta manera probareis que poseeis un corazon noble y generoso.

—Basta, Ione. Todo lo que pueda hacer por Glauco, lo haré; pero no me acuseis si fracasa mi trabajo en salvarle. Mis enemigos mismos os podrán decir si he economizado esfuerzo alguno para salvar su cabeza del decreto fatal. Os dejo, pues. ¡Permitan los dioses que podais gozar de sueños mas agradables!

Ione no contestó, y Arbace salió, entregándose á la fortuna del porvenir, y lisonjeándose de que llegaria el momento en que triunfaria de la oposicion de su pupila.

Pero era demasiado tarde para salvar á Glauco.

Al entrar en casa se acordó de Nidia, y envió al momento á Calias, uno de sus libertos, á que dijese á Sosie que no permitiese, bajo ningun pretexto, salir á la cieguecita de su cuarto.

Es que Arbace temia que la cristiana hallase algun medio de poder advertir á Ione su permanencia en la casa.

Despues de haber buscado por largo rato á Sosie, Calias lo llamó en alta voz.

La respuesta salió de la prision de Nidia.

—Estoy aquí, querido Calias: abre al punto, te lo ruego—respondió Sosie al oir la voz del que le llamaba.

El liberto quitó el cerrojo, y Sosie se apresuró á salir del encierro.

—¡Ah, ciega hechicera—exclamó al verse fuera,—me atrapaste, y tú vas á ser la causa de mi desgracia!

—En efecto—dijo Calias,—yo venia de parte de Arbace á recomendarte que no la dejases salir ni un solo instante de su cuarto; y lo que veo es que ella debe pasearse libremente mientras tú te encuentras preso en su lugar.

—¡Desventurado de mí! Ella ha abusado de mi complacencia; pero yo la encontraré. Corramos, pues, á atraparla..... Pero si por desgracia ha huido ya.....

—La puerta del jardin está cerrada; la llave la llevo en la cintura.

Y los dos se pusieron á registrar los cuartos y todos los rincones del peristilo: en seguida entraron al jardin.

Nidia se habia ocultado en él; pero hacia poco que habia abandonado su escondite.

Atreviéndose apenas á respirar, la cieguecita marchaba á paso ligero á lo largo de las columnas rodeadas de flores que adornaban el peristilo; despues subió el terraplen del jardin, y por último, pasó bajo los árboles espesos, donde creia estar menos expuesta á la vista de los que pasasen. De esta manera llegó hasta la puerta; pero ¡ay!..... la puerta estaba cerrada.

Mientras que sus pequeñitas manos pasaban y volvian á pasar temblando sobre el insuperable obstáculo que acababa de detenerla en su fuga, Calias y Sosie, que no estaban mas que á algunos pasos, sonriendo de sus esfuerzos, se disponian á afianzar su presa.

—¡Vedla—dijo Sosie en voz baja al liberto—cómo eleva su frente hácia el cielo!..... Ruega..... suplica..... ahora se prosterna como acostumbran los nazarenos; pero ya no le queda qué hacer: su Dios no la salvará de mis manos. Ya se levanta; ya vuelve sobre sus pasos: ya es tiempo de detenerla.

Dichas estas palabras, se aproximó silenciosamente á la cieguecita, y agarrándola por el brazo, exclamó:

—¡Ah, fugitiva picaruela; ya has caido en mi poder!

Un grito penetrante dejó escapar Nidia cuando sintió la mano de su carcelero.

¡Pobre jóven! Acababa de perder la última esperanza de salvar á su desventurado amo.

—¡Piadosos dioses!—dijo Calias.—Este grito va á esparcir la alarma en toda la casa y á despertar á Arbace, cuyo sueño es ligerísimo. Es menester poner una mordaza á esta hechicera.

—Sí sí; puesto que es ciega, es preciso que tambien sea muda.

Sosie le puso una mordaza; la tomó en sus brazos, y la llevó al cuarto de donde habia escapado.

Cuando Nidia se encontró sola y libre del lienzo que tapaba su boca, el primer uso que hizo de la palabra fué invocar con ardiente fervor al Arbitro Soberano de los destinos del mundo.

—¡Dios mio!—exclamó—vos sabeis que no os pido la vida de mi amo sino para salvar su alma. ¡Oh, no permitais que muera antes de haberos reconocido por su Dios y Salvador! Si el sacrificio de mi vida os puede ser grato, yo os la ofrezco con todo mi corazon para salvar sus dias. Me encuentro como él, á merced de vuestros enemigos, porque esos enemigos son los ministros del ídolo que han asesinado á tu servidor Apoicide, quienes para ocultar su crímen, han arrojado sobre un inocente que detestan, porque no participa de sus negros errores, la culpa que solo ellos han cometido.

Luego, como inspirada por un pensamiento salvador, añadió:

—¡Oh, bienaventurado Apoicide! Vos que habeis muerto mártir de la fe; vos que gozais en este instante de la recompensa prometida por nuestro Salvador á los que dan testimonio de su santo nombre, ved nuestra afliccion. Nuestros enemigos se regocijan de nuestra humillacion: rogad al Señor que confunda su orgullo, y que conceda á mi excelente amo y á vuestra hermana Ione, con la libertad, la dicha de conocerle y de amarle.

Concluida esta oracion, Nidia se sintió consolada: se arrojó en su lecho, y muy pronto un dulce y profundo sueño se apoderó de ella.

Pero entretanto que descansa, veamos qué era del desventurado Glauco.